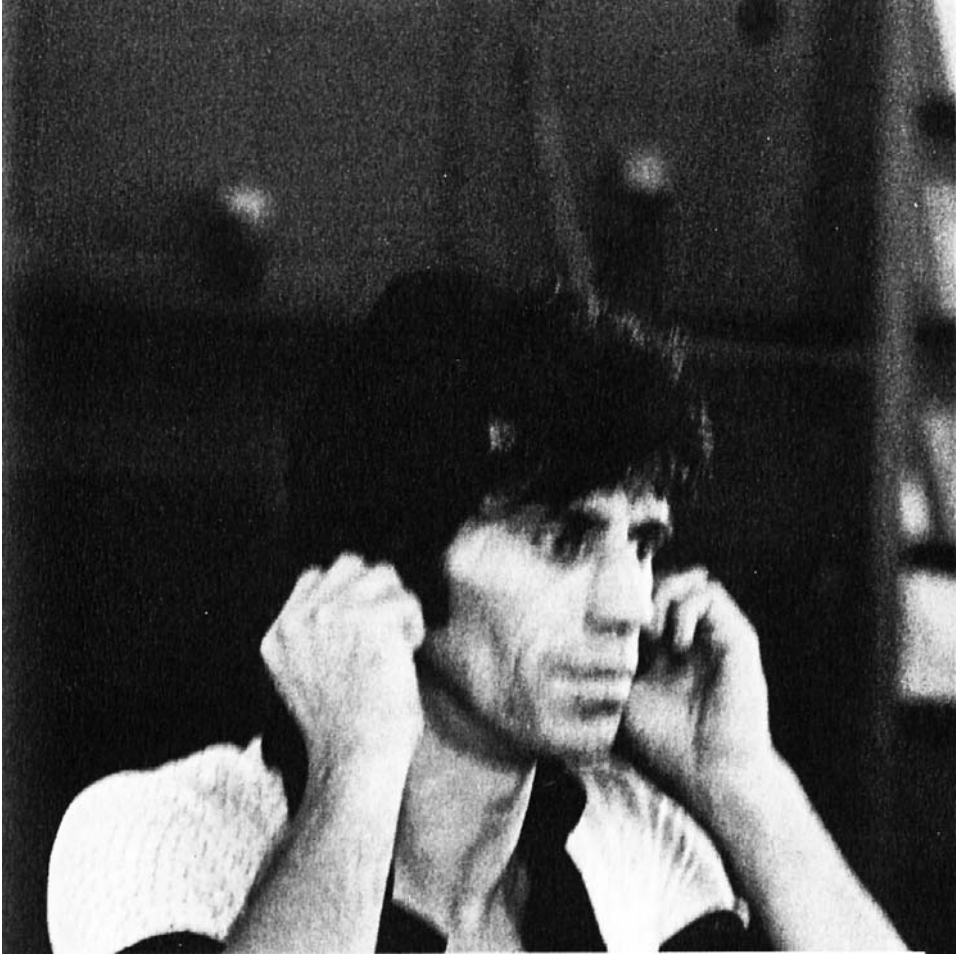


19

SING ME BACK HOME 1977



*Ahora no soy más que un maldito engorro para ellos, sólo porque un policía montado de mierda en el aeropuerto decide que quiere hacerse un nombre. No sé de qué iba el chanchullo. Hubo tantas irregularidades que es imposible hablar de ello. No tiene nada que ver con la justicia ni con la ley, ¿sabes lo que quiero decir? Es pura política.*

Keith Richards

en una entrevista con Victor Bockris, 1977

Tara no fue la única víctima del estilo de vida de Anita y de Keith. Marlon tampoco parecía estar en muy buena forma. Aparte de no ir a la escuela, mostraba una preocupante inclinación a la violencia. «Marlon era un pequeño sádico —recuerda Nick Kent—. Se había convertido en un psicópata en miniatura. Todo el mundo pensaba que Marlon iría por el mal camino.» Sin embargo, Keith tenía otra visión de su hijo, de quien había acabado dependiendo casi exclusivamente cuando necesitaba apoyo emocional.

RICHARDS: «Él cuidaba de mí mientras yo tomaba heroína durante las giras. A los cinco, seis y siete años, me hacía de roadie. Ha visto de todo. Para él no es nada del otro mundo. Es sólo algo que hizo papá. Pero seguimos juntos y nos queremos mucho».

Cuando Marlon no estaba cuidando de Keith, lo mantenían a raya a base de grandes cantidades de dinero que sólo servían para rodearlo de montones de insulsos juguetes. Pero por mucho que Marlon disfrutara del ajetreo de la vida en la carretera, Dandelion no lo hacía. Anita recuerda lo mucho que sufrió su hija. «Durante las giras, ella solía deambular por ahí sola, cogía a tíos y se los traía... “¡Ya estoy aquí, mamá!” Tíos mayores. Y yo me asustaba muchísimo. Salía de la habitación del hotel y me la encontraba sentada en el regazo de alguien. Por eso decidí no llevarla nunca más de gira».

De regreso a Londres, tanto Keith como Anita tocaron fondo. Keith se pasaba horas solo en el cuarto de baño, tomando heroína y rasgueando la guitarra. «Sufrí una gran depresión tras la muerte del pequeño, y me veía incapaz de cuidar de Dandelion —cuenta Anita de aquellos dolorosos momentos—. No podía controlarla.» Dandelion fue enviada a vivir con Doris en Dartford, donde se iba a criar de la misma manera que Keith. Nunca más volvería a vivir con su padre. «No podía hacer pasar por aquello a una niña de cuatro años. No era justo —diría Keith—. Su madre y yo íbamos cada día a los juzgados, y parecía como si nos fueran a enchironar. Así que la mandamos a vivir con mi madre.»

Mientras Richards pasaba por un período tan convulso, estaban naciendo una serie de bandas jóvenes y frescas, avivadas por un nihilismo ardiente y reconcentrado, que durante la segunda mitad de la década serían englobadas bajo el estandarte del punk rock. El puente entre el viejo y el nuevo rock era una réplica visual de los Stones, los New York Dolls, que tuvieron su gran momento entre 1971 y 1975. El cantante, David Johansen, guardaba un notable parecido con Jagger, y el guitarra solista,

Johnny Thunders, era una versión caricaturesca y camp de Richards, a quien veneraba. Otra figura de transición, Iggy Pop, declaró que Keith Richards era su «ídolo de siempre», e incluso le dedicaría su autobiografía. El nuevo movimiento hizo explosión entre 1976 y 1978, encabezado por los Sex Pistols, los Clash y los Damned en el Reino Unido, y los Ramones, Blondie, Television y Talking Heads en Estados Unidos. El movimiento cultivaba las semillas de la rebelión de la clase trabajadora, con una filosofía punk contraria a las superestrellas y al orden establecido. Muchos de ellos llevaban el pelo de punta, parafernalia nazi y emblemas de automutilación, como alfileres atravesando la carne. Sus métodos y símbolos atentaban contra las nociones convencionales de la moralidad y la sensibilidad. Su objetivo era también derribar las barreras entre el intérprete y el público. Deliberadamente desafinadas y sin pulir, sus canciones eran rápidas, cortas, ruidosas y, en los mejores casos, tan buenas y vigorizantes como lo habían sido las de los Stones en sus primeros tiempos.

En una entrevista en Nueva York, Jagger revelaba sus temores de que los Stones, deslumbrados por el estrellato, hubieran perdido el contacto con el sonido de garaje que los había llevado a la fama.

MICK JAGGER: «El rock and roll es hijo del serrín, por así decirlo, de esos clubes horribles en los que la gente se pone enferma y vomita, de esos increíbles vaqueros azules, chaquetas de cuero y demás. Cuando lo sacas de ese elemento, que es muy vital y todavía existe, corres el peligro de perder gran parte de la sustancia. Llegas tú, le das la vuelta y se convierte en una mariconada, pierde la esencia. No es que tenga nada en contra de los maricones, lo que quiero decir es que pierde todo su rollo macho y su simplicidad, que es su principal fuerza vital. Y de eso ya no queda gran cosa».

Como predecido el nacimiento del punk rock, Jagger continuaba: «Sea como sea [la próxima gran revolución musical], saldrá de la nada y arrasará con todo. Será tan nuevo, tan inesperado y tan chocante como lo éramos nosotros».

Los Sex Pistols firmaron un lucrativo contrato con la EMI y fueron reconocidos inmediatamente como un fenómeno importante dentro de la industria musical. «Los Sex Pistols son los que ahora están golpeando a la puerta —escribió Nick Mobbs en *Melody Maker*—. Están derribando a los Stones: para ellos, los Stones son el establishment. Creo que este grupo en particular tiene una mayor trascendencia, pues son el comienzo de una nueva ola.»

Esta generación vacía, como la bautizó Richard Hell, se cebaba especialmente con los Rolling Stones. Los Sex Pistols, cuya metodología era transparentemente similar a la de los Stones (sobre todo en la figura de su mánager, Malcolm McLaren, idéntica a la de Andrew Oldham), lideraban los ataques. «Grupos como los Stones son repugnantes —escupía el cantante Johnny Rotten—. Ya no tienen nada que ofrecer a los jóvenes.» El bajista Sid Vicious remataba la faena: «No me mearía encima de Keith Richards si estuviera ardiendo». Sin embargo, según el compositor de los Pistols, Glen Matlock, en los primeros tiempos «éramos tan fanáticos de los Faces que íbamos hasta Richmond, a la vieja casa de sir John Mills, que Ron Wood acababa de comprar. Keith Richards solía vivir en una casita al fondo del jardín de Ron. Steve [Jones, guitarrista de los Pistols] y otros chicos solían entrar, lo revolvían todo, tocaban un rato alguna de las guitarras de Keith, mangaban una camisa y dejaban una nota que decía: “Steve estuvo aquí”».

Pero Richards no estaba tan alejado del punk como a algunas bandas les gustaba pensar. Musicalmente, Keith estaba inscrito en la textura de toda buena canción de punk. «Si sigues la evolución del sonido de la guitarra a lo largo de la música rock moderna, siempre escucharás a Keith —certificaba el historiador del rock Clinton Heylin—. Es normal que influyera en las bandas comerciales americanas de finales de los sesenta, o que influyera en T. Rex y el glam de principios de los setenta, pero al mismo tiempo estaba influyendo en todo el underground. La Velvet Underground era una versión americana de los Rolling Stones. Los Sex Pistols eran totalmente anti-Stones, pero mediante el procedimiento de ser el reflejo negativo de los Stones. Tocaban como los Stones y tenían la misma imagen. Los Clash decían: “No más Rolling Stones en 1977”, y sin embargo, Mick Jones estaba obsesionado con Keith. Y luego, cuando el rock se fusionó durante la nueva ola y todo volvió a su cauce, lo que quedó fue el sonido de Keith Richards».

«Toqué con los Sex Pistols durante seis meses antes de que entrase Lydon, y todos estaban totalmente obsesionados con Richards —recuerda Nick Kent—. Malcolm McLaren nos llevó a la actuación que hizo Keith Richards en Londres junto a Ronnie Wood, durante la gira de *I've Got My Own Album to Do*, en 1974. La influencia de Keith Richards en aquellos tíos era increíble. Todas aquellas bandas de punk adoraban a Keith Richards, lo idolatraban. Hubieran sido capaces arrojarse y besarle el anillo.»

En Nueva York, donde Keith pasaba ahora más tiempo que en Londres, el sentimiento era muy diferente. «Nunca hice demasiado caso de lo que dijera nadie de la escena británica —cuenta Richard Lloyd—. Los Rolling Stones fueron los primeros ciudadanos del mundo. ¿Cómo puedes decir que son unos viejos aburridos? Pero a Keith se le critica. Se le critica, por ejemplo, por su aspecto desaliñado. No va desarreglado, es increíblemente elegante, y a veces escarpado como un acantilado. Es uno de los primeros guitarristas eléctricos que comprendió que la guitarra rítmica es como el sexo... con ese empuje sostenido.

»Las críticas de Keith respecto a la escena punk no fueron nunca tan duras. Siempre nos daba ánimos. También tiene cierto sentido de la competición. Era divertido. Solía decir: “Bueno, quizás tengáis éxito y os deseo lo mejor. Seréis grandes... pero nunca tan grandes... tan enormes como somos nosotros”. Un día estaba allí su madre, que era maravillosa. Es una mujer pequeña, pero tenía también esa rocosidad inglesa. Me dijo: “He oído que eres músico. Bueno, no llegarás nunca a tener el éxito que ha conseguido mi brillante Keith”.»

RICHARDS: «El punk rock poseía cierto espíritu, pero no creo que musicalmente ofreciera nada nuevo, ni siquiera desde el punto de vista de la imagen. Se daba demasiada importancia a la imagen, y los grupos no tenían suficiente tiempo para mejorar en su música. Parecía ser lo menos importante. Era más importante vomitar encima de alguien, ¿sabes? Pero eso también lo heredaron de nosotros. Al fin y al cabo, todavía somos el único grupo de rock and roll arrestado por mear en un muro [en una muy publicitada detención de 1964]. Parecía que odiasen a los grupos como los Stones. Es lo mismo que decíamos nosotros de todos los que vinieron antes que nosotros. Pero necesitas algo más que poner a parir a los demás para salir adelante. Siempre habrá alguien mejor que tú en poner a parir a los demás. Así que déjame en paz y haz lo que yo hice, ¿sabes? Mejora lo que yo he hecho, provócame».

En retrospectiva, el desafío de los punks provocó el resurgimiento de los Stones. Al tiempo que los Sex Pistols firmaban su contrato discográfico, el contrato de los Stones salía a subasta, y, por mucho que los punks los considerasen «viejos aburridos» y «dinosaurios irrelevantes», su valor potencial se situaba en torno a los quince millones de dólares por adelantado. Para asegurar esta cifra, y a ser posible estirla un poco más, a Jagger se le había ocurrido la idea de publicar un doble disco en directo, con una cara compuesta de clásicos de R&B y reggae tocados



en un club pequeño, recordando los tiempos en los que lo único que les importaba era la música. Tres caras del álbum se extraerían del concierto de París, la noche en que murió Tara. Los temas de club se grabarían durante cinco noches en un antro de Toronto llamado El Mocambo.

Jagger había decidido grabar en Toronto porque estaba cerca de Nueva York, lo cual le permitía seguir negociando el contrato; porque no planteaba problemas de visados, ya que Canadá pertenecía a la Commonwealth; y porque estaba lo suficientemente lejos del circuito generalista como para evitar las masas histéricas. Todo dependía de que los Stones llegaran silenciosamente, ensayaran durante una semana, tocaran los conciertos por sorpresa en el club para poder ser grabados, y se marcharan antes de atraer la atención masiva de los medios.

Pero cuando los Rolling Stones se reunieron en el Harbour Castle Hilton del centro de Toronto, el 20 de febrero de 1977, descubrieron que mister Redlands, el nombre bajo el que se había registrado la reserva de Richards, no estaba allí. Tras unas llamadas telefónicas a Inglaterra, se supo que Keith se encontraba encerrado a cal y canto en Redlands junto a Anita y Marlon.

En Redlands habían recibido la visita de Barbara Charone, que estaba escribiendo la biografía autorizada de Richards y que recordaría así los reproches de Anita a Keith: «¡Hace meses que no me haces el amor! —gritaba—. ¿Es más importante la televisión que yo?»

»“Te crees que eres Superman, ¿verdad? Pues bien, sólo eres Superman cuando tocas la guitarra. Piensas que puedes controlar a las drogas, pero no puedes. Sé lo que soy, y llevo siete años así. —Y continuaba—: Haces ver que no eres un drogadicto. Te limitas a encerrarte en el lavabo. Crees que la gente no lo sabe. No eres diferente a los demás. Tú tampoco puedes controlar a las drogas.” Richards seguía mirando la televisión, en silencio. Si te fijabas bien, tenía los ojos llenos de lágrimas».

La maquinaria de los Stones estaba paralizada a la espera (las furgonetas para transportar el equipo y el equipaje, los coches para ir a buscar a Keith al aeropuerto, los ayudantes y camellos a tiempo completo), pero nadie lograba contactar con él. Al final, los Stones le enviaron un telegrama: «QUEREMOS TOCAR. TÚ QUIERES TOCAR. ¿DÓNDE ESTÁS?».

Cuatro días más tarde, el 24 de febrero, Keith, Anita, Marlon y veintiocho piezas de equipaje partían en un vuelo de British Airways de Londres a Toronto. A medio vuelo, Keith se levantó, fue al lavabo a me-

terse otro chute y permaneció allí durante tres horas. Cuando regresó a su asiento y metió en la bolsa la cucharilla quemada que había utilizado para calentar la heroína, no se lo dijo a nadie. A Anita le pareció percibir cierta alarma en el asistente de vuelo, pero tampoco se lo dijo a Keith. «No sé por qué lo hizo. A veces me pregunto si lo hizo expresamente, pero nunca hemos hablado del tema. Nuestro nivel de comunicación estaba bajo mínimos, y yo nunca le contaba mis temores ni ese tipo de cosas.» Entre los dos, llevaban encima dos gramos de heroína y cocaína.

Teniendo en cuenta lo bien planificados que solían estar los movimientos de los Stones, Richards podría haberse dado cuenta de que algo iba mal al no ver a ningún miembro de la organización del grupo en el aeropuerto internacional de Toronto que le facilitara el paso por la aduana, pero estaba tan colocado que pensó que los hombres que se apiñaban alrededor de sus maletas eran personal de seguridad de los Stones. En realidad eran agentes de aduanas. Encontraron una pequeña piedra de hachís, de la que Anita no se acordaba, mezclada con algunas pastillas para la infección vaginal, y la cuchara ennegrecida. No descubrieron la heroína ni la cocaína. Se quedaron con la cuchara para analizarla y permitieron que el grupo siguiera su camino.

Menos de veinticuatro horas después de su llegada, Richards había adquirido unos treinta gramos de heroína y cinco de cocaína. Anita creía que Keith había hecho que le enviaran la droga. Era su práctica habitual cuando no tenía a un camello de confianza en la ciudad de destino. «En realidad nunca se lo pregunté, pero eso es lo que oí —diría más adelante—. Keith había enviado el material por correo y lo habían pillado. En realidad, la policía nos estaba esperando allí. No sé si Keith era muy consciente de ello, porque ya lo habíamos hecho en otras ocasiones, habíamos enviado paquetes a diferentes lugares. [...] Es una de esas cosas que esperas que funcione, ya sabes...» Con las drogas en la mano, Keith se retiró a uno de sus largos sueños de hibernación.

El 28 de febrero, las relaciones entre Keith, Anita y los Rolling Stones todavía no se habían restablecido. En algún momento de ese día, a Anita le dijeron que había unos hombres en el hotel que buscaban a Keith, pero ésta no se lo dijo a Keith ni al servicio de seguridad de los Stones. Por su parte, éstos también fallaron a la hora de proteger a Keith. Sabían que se encontraba bajo vigilancia por el registro del aeropuerto, y aun así, pese a que era habitual que hubiese un vigilante a la puerta de la suite de Richards las veinticuatro horas del día, aquella

mañana no había nadie. Era como si alguien le hubiera tendido una trampa.

NICK KENT: «Alguien había llamado y había dicho: “No os necesitamos”, cosa que, teniendo en cuenta el panorama, no tenía ningún sentido. Cuando lo detuvieron, Richards estaba en un estado totalmente paranoico, y como alguien les había dicho a los guardaespaldas que se fueran de allí, llegó a pensar que alguien de dentro de la organización de los Rolling Stones le había tendido una trampa».

Cuando la policía llamó a la puerta, Anita pensó «que era Marlon, y en cuanto empecé a abrir, el inevitable pie por la rendija, y ahí terminó todo. Les dije que no sabía nada, pero teníamos allí todo el material».

Los quince miembros de la Policía Montada del Canadá encontraron lo que estaban buscando minutos después de entrar en la suite. Lo difícil no fue encontrar las drogas, sino despertar a Keith. (En una ocasión, a finales de los sesenta, ¡lo habían llevado de Nueva York a Londres sin que se despertara!) Pasaron tanto tiempo dándole sopapos para conseguirlo que, como recordaría él más adelante, tenía las mejillas «sonrosadas».

RICHARDS: «Me desperté. Me dijeron: “Está usted detenido”. ¡Oh, genial!

Lo que me decepcionó es que, cuando irrumpieron en la habitación, ninguno de ellos llevaba el uniforme de la Policía Montada. Iban todos con anoraks, llevaban bigote y las cabezas afeitadas. Eran unos cabrones que sólo querían que su foto saliera en los periódicos. Había unos quince alrededor de mi cama, intentando despertarme. Me hubiese despertado mucho antes si hubiera visto el uniforme rojo y el sombrero con el oso».

Tras interrogar a Keith y Anita en habitaciones separadas, los policías montados obligaron a confesar a Richards, que necesitaba un chute y no quería liar todavía más las cosas. Los agentes lo trasladaron al centro de la ciudad y lo acusaron de tráfico, lo que comportaba una pena de entre siete años a cadena perpetua. En años recientes, nadie en Canadá había salido indemne de tales cargos. Le permitieron volver al hotel tras pagar una fianza simbólica, pero no les hizo demasiada gracia que Keith les pidiera que le devolvieran un par de gramos hasta que pudiera conseguir más.

Los Rolling Stones y toda su organización estaban furiosos con Richards. Sólo seis semanas antes había escapado a una condena de prisión en Inglaterra con el severo aviso de que en la próxima ocasión sería



encarcelado en lo que él llamaba «la casa grande». Cuando regresó al Harbour Castle Hilton, se encontró retorciéndose en el suelo del lavabo, vomitando de agonía, a medida que el mono se apoderaba de él. Cuando Ronnie Wood y Bill Wyman pasaron a ver qué tal estaba, lo encontraron en tal mal estado que Bill temió por su vida, y corrieron a conseguirle algo de heroína... una actitud muy valerosa, teniendo en cuenta que el hotel estaba repleto de policías de paisano.

Al día siguiente, la prensa mundial se hacía eco del arresto en grandes titulares. Esta vez parecía casi seguro que Keith iría a la cárcel. La prensa, que llevaba quince años pidiendo el pellejo de los Rolling Stones, se apresuraba a rematar el asunto. El plan de Jagger de realizar unas actuaciones tranquilas y bien organizadas había quedado arruinado una vez más por la proclividad de Richards a los «accidentes».

Chet Flippo viajó a Toronto para entrevistar a Keith Richards para *Rolling Stone*. «Había oído decir que Keith se estaba muriendo lentamente a causa de su adicción a las drogas, y que los Stones estaban desesperados, deprimidos y descontentos con Keith», escribió. Richards le dijo: «Están decididos a ilegalizar el rock and roll. Eso es lo que les impulsa. Ese ritmo los atemoriza. Todos los sonidos tienen algún efecto sobre el cuerpo, y los efectos de un buen ritmo de rock hacen que esa gente se eche a temblar. De modo que estás luchando contra un miedo primigenio, imposible de racionalizar».

«Me han convertido en una estrella mediática mucho mayor yendo a por mí de ese modo —contaba al entrevistador de la televisión americana Geraldo Rivera—. ¿Quién sabría nada de Keith Richards de no ser por toda la publicidad que se dan ellos mismos gracias a mí? Me hace que me pregunte por el tipo de gente que eligen. Van tanto a por mí porque es más interesante que arrestar a Joe Bloggs del número 43 de Railway Cuttings. A ellos les excita, pero para mí no es más que otra actuación.»

Como de costumbre, los famosos acudían al campamento de los Stones, pero en Toronto las repercusiones iban a ser particularmente dramáticas. El primer ministro Pierre Trudeau y su mujer, Margaret, eran la respuesta canadiense a los Kennedy. Trudeau se había ganado el corazón de toda una generación al reunirse con John Lennon en 1971, y la «alocada Margaret» se estaba ganando entre la prensa la reputación de saltarse repetidamente el protocolo fumando hierba y esquivando a su escolta de policías montados siempre que podía.

Cuando Margaret se enteró de que los Rolling Stones estaban en la ciudad, se pegó a ellos como una mina lapa, instalándose en el mismo hotel, alternando descaradamente con ellos por los pasillos y atrayendo todavía más la atención de los medios hacia Keith. Margaret, una niña consentida y aficionada a las fiestas de la jet-set, era justo la clase de mujer que él más despreciaba. Cuando intentó congraciarse con Anita y él mediante la vaga promesa de que no tendría que ir a la cárcel, y que si lo hacía cuidaría de Marlon, el pequeño gamberro le soltó: «¡Que te jodan!», la frase que se había acostumbrado a utilizar con todos los parásitos que intentaban utilizarlo para llegar hasta Keith.

El 2 de marzo, la paciencia de Jagger llegó al límite y voló a Nueva York con la excusa de que su hija Jade lo necesitaba. A su regreso, los Stones se recompusieron, echaron a todo el mundo de las habitaciones y se pusieron a ensayar intensamente preparándose para dos noches de música pura y sin artificios en El Mocambo. De repente estaban todos nerviosos por cómo iba a reaccionar la gente.

«Keith parecía recién salido de la sala de urgencias del hospital de St. Michael —escribió Flippo sobre el primer concierto—. Tenía las mejillas hundidas y sin afeitar, estaba demacrado y su palidez casi translúcida hacía que te preguntaras automáticamente cuánto tiempo hacía que no le daba el sol. Sin embargo, sonrió beatíficamente, casi como si acabara de salir de prisión, en cuanto tocó las primeras y brutales notas de la tortuosa introducción de “Honky Tonk Women” con su Gibson negra (que llevaba una calavera dibujada). Quizás fuera por desesperación, pero lo cierto es que los Stones dieron lo mejor de sí mismos. Y Keith, cuya alma había sido manchada muchos años atrás de un color más negro que el negro por el espíritu que ungió al legendario Robert Johnson, refulgió con una combustión interna que ningún científico del mundo occidental hubiera deseado identificar.»

John Rockwell, del *New York Times*, declaró que «los Stones regresaron a sus raíces, despachando su descarnado rhythm and blues británico en un club humeante. El único temor incordiante era que tal vez hubieran completado el círculo, volviendo al principio al final del camino. Los Rolling Stones serían inconcebibles sin míster Richards. En el caso de que termine en prisión, podría significar el final del grupo. Pero anoche el ambiente era más de afirmación que de renuncia. En vista de la energía, la convicción y la alegría que pudimos experimentar, es casi imposible creer que esto pueda ser el final de nada.»

«Lo de Toronto fue una de aquellas cosas extrañas —recuerda Keith—. Todo el mundo hablando de desastre y malos augurios, y nosotros, en el escenario de El Mocambo, nunca nos habíamos sentido mejor. Quiero decir... sonamos realmente bien. La gente se preguntaba: “¿Es esto el final de los Rolling Stones?”. Cuando en realidad fue un período muy productivo para nosotros, y en la banda todos teníamos mucha confianza.»

Richards se presentó ante el tribunal el 7 y el 8 de marzo. El primer día, entre los gritos de sus seguidores, entró en la sala con la cabeza alta, bufanda blanca y traje de terciopelo negro. A la puerta del edificio, un fotógrafo trató de tirarlo al suelo por los pelos, en medio de gritos de «¡deportad al inglés!» y «¡yonqui bastardo!». Una mujer rubia gritó «¡soplapolas!». Dentro de la sala, el fiscal reveló que al día siguiente iba a presentarse un cargo adicional por posesión de cocaína, y que la fianza de Keith sería revocada. Al abogado de los Stones le entró el pánico, mientras Anita comentaba secamente que no creía que Keith fuese a ir a la cárcel, porque «teníamos unos aliados bastante poderosos, contactos con la mafia de Nueva York». Sin embargo, cuando Richards regresó al tribunal el 8 de marzo, parecía, en palabras de Flippo, «que hubiera encogido. Se le veía muy nervioso y había perdido la confianza en sí mismo con la que había impresionado a la multitud apenas veinticuatro horas antes. En el estrado de los acusados, Keith tenía la cabeza inclinada como un perro apaleado, con los brazos cruzados, y un aspecto patético, vulnerable y aparentemente derrotado». Sin embargo, gracias a una pequeña artimaña legal que la acusación había pasado por alto (según la ley canadiense, la presencia de Flippo, un periodista estadounidense, invalidaba los procedimientos), el abogado de Richards, Clayton Powell, consiguió la libertad bajo fianza de veinticinco mil dólares, y que le devolvieran el pasaporte. Centenares de seguidores lo recibieron entusiasmados a su salida del edificio.

Pero esta vez, cuando regresó al Harbour Castle, los Stones levantaron el campamento y se dirigieron a la frontera. Una de las cosas que más les preocupaba era que Keith (por necesidad) había vuelto a adquirir suficiente droga como para pasar el resto de sus días entre rejas. Tenían buenas razones para creer que la Policía Montada volvería a cargar en cualquier momento contra la suite de Keith o las de los demás. Cuando eso ocurriera, Mick Jagger quería estar lejos de allí. «¿Si sabía que algo así pasaría tarde o temprano? —dijo Jagger—. Por supuesto.

Fue una irresponsabilidad, y lo que pasó era inevitable. Joder, si a Keith lo detienen cada año...»

Mick no se molestó en ir a despedirse a la suite de Keith, y lo hizo por teléfono. Keith pudo notar el miedo en su voz. Un mazazo aún más duro fue la partida de Ron Wood. Keith, como de costumbre, fingió no estar afectado por la marcha de sus mejores amigos, pero se bebió una botella entera de vino. Anita no se mostraba tan confiada. «Todo el mundo desapareció —recuerda—. Todos volaron. Se desvanecieron. Y entonces Keith hizo aquella grabación maravillosa con Ian Stewart. Parece que Keith siempre responde mejor cuando la presión es mayor.»

El 12 de marzo, la noche antes de que tuviera que presentarse ante el tribunal para descubrir si los canadienses iban a meterlo en la cárcel, Richards fue a los estudios Interchange, donde habían estado mezclando las cintas de El Mocambo, con Ian Stewart, que se había quedado a su lado para hacerle compañía, Anita y Marlon, y grabó cinco canciones que Gram Parsons le había enseñado allá en Nellcôte: «Worried Life Blues» (el lamento de un hombre pobre que trabaja para ganarse la paga semanal), «Say It's Not You» (el lamento de un hombre que suplica a su novia que le niegue que ha estado acostándose con todos los hombres de la ciudad), «Apartment No. 9» (el lamento de un hombre abandonado por su novia), «She Still Comes Around» (el lamento de un hombre que sufre por su novia) y «Sing Me Back Home» (el lamento de un hombre camino de la silla eléctrica).

El aspecto más destacable de estas grabaciones era la voz oxidada y aguda de Keith, que nunca se había escuchado así en los discos. Hasta cierto punto, el cambio estaba causado por la dentadura postiza que se había implantado a mediados de los setenta y por el efecto dañino de muchas libras de polvo blanco en sus fosas nasales. Los años de fumar, beber y pasar noches enteras sin dormir cantando y hablando también pasaban factura. La voz evasiva, negativa y a la defensiva de adolescente había dejado paso al sonido profundamente expresivo de un hombre que luchaba por dar rienda suelta a sus emociones.

Al oírle cantar «La soledad me rodea / Cuando no me abrazas» en «Apartment No. 9», uno tenía la sensación de que Keith se había entregado con toda su alma en esas sesiones y de que por fin estaba liberando unas emociones que nunca había expresado verbalmente. Nunca se había acercado tanto a expresar lo frágil y torturado que a menudo se sentía. Al mismo tiempo, en las cinco canciones, Keith se presentaba

como un hombre que se había aceptado a sí mismo. Era la voz de «la persona torturada y creativa», como le describiría su abogado cuando el caso llegó a juicio en 1978. Como dijo otro amigo: «El problema de Keith es que cree que el rock and roll es la vida real. ¡Es la persona más ingenua que conozco!».

«¿Vas a dejar la música o vas a dejar las drogas? —le preguntó la asistente de los Rolling Stones (y con el tiempo mánager personal de Richards) Jane Rose, que se había acostumbrado a comprobar cada mañana en los periódicos si Keith todavía estaba vivo—. Era su novena vida, y había que tomar alguna decisión.»

Keith tenía treinta y tres años, la edad, como él mismo señalaba, en que crucificaron a Jesucristo, y era consciente de que había llegado el momento de tomar el control de su vida. En un interesante giro argumental, como su nombre nunca había sido cambiado legalmente, el tribunal utilizó el Richards hereditario en vez del nombre artístico adoptado de Richard, y la prensa perpetuó el cambio. Como si los catorce años anteriores se atribuyeran de repente a otra persona, Keith adoptó gustosamente este retorno a las raíces y desde entonces volvería a ser conocido en su vida pública y privada como Keith Richards. Finalmente, se había dado cuenta de que ya no podía seguir siendo el yonqui más famoso del mundo.

RICHARDS: «Nunca me he considerado un yonqui, porque mi situación personal es totalmente distinta a la del noventa por ciento de la gente que está enganchada. No hay nada en el mundo que te pueda hacer dejarlo, excepto un destello fulgurante de lógica. Había llegado al punto de no retorno. Me di cuenta de que estaba poniendo en peligro todo lo que quería hacer y lo que la gente que me rodeaba quería que hiciera.

»Sabía que tenía que dejar la droga. Fue un acontecimiento traumático que dio una nueva forma al resto de mi vida. Llegas a un punto en que llevas diez años tomándola y se convierte en algo aburrido, y además yo ya no podía permitírmelo. O terminaba con aquello o iba a pasarme una buena temporada en la casa grande».

Para Anita, el arresto de Toronto también fue un «destello fulgurante de lógica». «El arresto era la realidad —admitió—. Ya había perdido a un hijo. Estoy segura de que las drogas tuvieron algo que ver. Había perdido a mi hijo. Pero básicamente no podía dejarlo. Ahora teníamos

que hacer algo al respecto, si no, nos arriesgábamos a ir a la cárcel. Se nos dejó muy claro».

Mientras tanto, seis años después de unirse a ellos para dirigir Rolling Stones Records, Marshall Chess, que se había visto muy influenciado por Keith, se retiró de la escena para recomponer su maltrecha vida.

MARSHALL CHESS: «Me resultó muy difícil dejar las drogas. Dejé a los Stones en el 77, y me quité de las drogas en el 78. Había estado enganchado a la heroína, la coca y los quaaludes. Gasté medio millón en drogas, me sometí a diecinueve curas. Cada vez que los Stones iniciaban algún proyecto, yo terminaba en alguna clínica intentando recuperarme».

Richards propuso a Bill Carter que intentara contactar con una doctora británica, Margaret (Meg) Paterson, que a principios de los setenta había desarrollado un proceso de abstinencia sin dolor llamado la cura de la caja negra. Keith sabía que la cura había funcionado con Eric Clapton y Pete Townshend. Su idea era quedar con Patterson en un lugar como las Bahamas para hacer que la experiencia resultara más agradable que penosa.

En realidad, Richards no quería dejar la heroína y le molestaba que las autoridades le obligaran a hacerlo, pero la única alternativa que le habían ofrecido era una cura de metadona en Estados Unidos. Prefería la cura de la caja negra que el tratamiento de metadona.

RICHARDS: «Deberían deshacerse de toda la metadona, y tirarla al fondo del mar. No es buena. Ni siquiera coloca. La única razón por la que se usa tanto es que esas clínicas están generando muchísimo dinero. Son un timo».

El 20 de marzo, Carter contactó con la doctora Paterson, que se encontraba en Estados Unidos trabajando en otra cura. Le informó de que Keith se enfrentaba a una pena de hasta tres meses de cárcel. Ella contestó que estaría dispuesta a iniciar la cura al cabo de diez días, pero estipuló que Anita se sometiera también a la terapia, explicando que nunca trataba a un solo adicto de un grupo de adictos, porque el fracaso era inevitable y normalmente inmediato.

En cuanto Paterson hubo aceptado encargarse del caso, las cosas se movieron con la rapidez que sólo es posible para personas con mucho dinero y los mejores contactos.

La primera cuestión era dónde administrar la cura. El marido de la doctora Paterson, George, con quien ella trabajaba, recordó que su



amigo Shorty Yeaworth, director del clásico de terror de los cincuenta *The Blob*, le había dicho que si alguna vez necesitaban hacer uso de su enorme granja del siglo xvii en Paoli, Pensilvania, podían hacerlo tranquilamente. La doctora Paterson se dispuso a trabajar bajo los auspicios del doctor Bill Corbett, del programa Turning Point de la Clínica Camden, en Nueva Jersey. El 24 de marzo, Corbett pidió formalmente al Departamento de Inmigración de Estados Unidos que expediera a Keith y Anita Richards [*sic*] visados médicos de un mes para una rápida cura de drogas. El permiso fue concedido, con la condición de que Richards no se moviera de Paoli en un radio de cuarenta kilómetros, que no se alertara a los medios de su presencia y que estuviese bajo la supervisión de guardias de seguridad.

Pese a expresar su gratitud públicamente, en privado Keith se mostraba reacio a ponerse en manos de un equipo médico, y, dudando de si el arreglo era legal o por el contrario se trataba de una artimaña para sacarlo de Toronto, hizo planes alternativos.

El 1 de abril, día en que Keith, Anita y Marlon tenían previsto viajar en un Lear Jet desde Toronto al aeropuerto internacional de Filadelfia, donde debían ser recibidos por el equipo médico de Paterson y transportados a la casa de Shorty Yeaworth en Pensilvania para llevar a cabo la cura de tres semanas, Keith dispuso por su cuenta que unos amigos lo recogieran en Filadelfia y lo llevaran a Nueva York. Bill Carter, comprensiblemente preocupado por que el viaje se hiciera sin incidencias, insistió a Richards que por una vez fuera puntual, pero Keith siguió confiando en sus propios planes. Por si la cura de Paterson era efectiva, Keith y Anita se inyectaron unos enormes chutes de heroína y cocaína de despedida antes de subir al avión.

Las siete personas que formaban el comité de bienvenida, compuesto por Jane Rose, Joe y Arleta Winston y su hijo de ocho años Sammy (los Winston iban a cuidar de Marlon durante la cura), el doctor Corbett, y los Paterson, tuvieron que esperar en el aeropuerto durante tres horas. El Lear Jet de Richards aterrizó a las siete de la tarde.

En cuanto Keith, vestido con sombrero blanco, traje de seda azul y blusa gris, salió del avión y vio a Jane Rose con una caravana de limusinas, comprendió que la huida quedaba descartada. Keith y Anita subieron a una de las limusinas con los Paterson; Marlon viajaba con los Winston. El hijo de los Winston, Sammy, le ofreció un donut a Marlon. Marlon se lo metió en el bolsillo y extrajo del mismo un avión de

juguete, que entregó a Sammy en un intercambio sin palabras. El resto del grupo tomó un tercer vehículo. La caravana salió pitando del aeropuerto en dirección a Camden, donde debían registrarse oficialmente en la clínica de Corbett; Keith y Anita se mostraban poco receptivos, escépticos y asustados. La muy seria doctora Paterson resultó ser una especie de institutriz, con el pulcro cabello peinado hacia atrás y un fuerte acento escocés, mientras que su marido, áspero, directo y cristiano renacido, se parecía al proveedor de la franquicia de pollo frito favorita de América, el Coronel Sanders. Además, aunque Meg Paterson resultó ser una mujer amable y considerada, con reservas infinitas de paciencia, George demostró ser todo lo contrario, arrogante y agresivo. El choque parecía inevitable.

La cura de abstinencia de Paterson se basaba en la «caja negra», un dispositivo electrónico del tamaño de una caja de cerillas grande con receptores en cada extremo que se conectaban a las orejas del sujeto. A través de estos electrodos, la caja transmitía una débil señal eléctrica que provocaba que el cerebro del paciente liberase endorfinas, moléculas naturales similares a la heroína producidas en el interior del cerebro y que anulaban el sufrimiento de la abstinencia. El tratamiento debía administrarse veinticuatro horas al día durante cinco días, y a intervalos decrecientes durante el resto de la cura.

Al principio, el método resultó tan efectivo como la doctora Paterson había prometido. Sin embargo, pronto se hizo evidente que la experiencia no iba a ser fácil. Keith y Anita, acostumbrados desde hacía tiempo a vivir sin pensar en ningún otro ser humano, tiraban los cigarrillos donde les apetecía, y pronto habían quemado las alfombras, el colchón y el borde de la bañera. La hija de Shorty, cuya tarea era hacer las camas, se quedaba estupefacta al encontrar diariamente las botas de Keith bajo las sábanas de la cama. Aunque la caja negra funcionó, y más tarde Richards propagaría sus virtudes a los cuatro vientos, tanto él como Anita tuvieron algunos problemas prácticos.

«No se fiaban de nosotros con lo de la caja negra —cuenta Anita—, y en mi caso era alérgica a ella. Es una sacudida constante en la oreja, y mi oreja estaba ya para el arrastre. En el caso de Keith, una vez se gastó la pila de su caja y pasó una noche muy mala en el lavabo con un terrible síndrome de abstinencia. En realidad funciona, pero tú no confías en ello. Y no nos llevábamos bien con los Paterson. No, no, no. Su marido es un maníaco total. [...] Intentaban controlarnos. Ella

tiene esa idea... estrella pop, sálvame... y recuerdo que al tercer día nos preguntó si queríamos ir a pillar. Es lo último que queríamos hacer. Estamos enfermos, no podemos ni levantarnos, y va y nos dice: “¿Queréis drogas?”. Es su manera de hacer las cosas.»

Las intenciones de los Paterson iban más allá de una mera abstinencia física de la heroína: querían preparar al paciente para una vida sin heroína. Con tal fin, mantenían diariamente conversaciones con Keith y Anita sobre su vida. Keith se encontró siendo interrogado de una manera que no había experimentado desde que había dado el portazo a sus padres en 1962. Nada podía ser más amenazador para un hombre que a duras penas se relacionaba verbalmente con nadie, y menos con una figura de autoridad. Sobre el hecho de tratar con adictos, Meg Paterson cuenta: «Estás tratando con los resentimientos, la amargura y el odio subyacentes. Tienes que abrirte camino a través de un campo minado de inseguridades».

El conflicto era aparente en el contraste entre ambas parejas. Los todavía vivos Rey y Reina del Rock parecían un par de buitres enfermos, con ojos ojerosos e inquietos y las cabezas que asentían como los perros de juguete que te miran fijamente desde la parte trasera de los coches. «Yo me sentía rebelde —recuerda Anita—. Aquella gente no me gustaba. Eran demasiado distantes, demasiado controladores. Todas las noches me bajaba a escondidas a la cocina y me tomaba unos tragos de jerez. Keith lo sabía, pero se estaba cuidando mucho. Toronto estaba a la vuelta de la esquina, y lo que más le preocupaba era el resultado.»

Cuando la cura entró en la tercera semana, el conflicto entre George Paterson y Keith Richards, centrado principalmente en la educación de Marlon, alcanzó su clímax. Mientras George insistía en que un niño debía ser disciplinado, Keith defendía con vehemencia un enfoque más libre.

RICHARDS: «Una de las pocas cosas que aprendí bastante pronto de mis continuos viajes es que en nuestra parte del mundo tendemos a hacer que los niños lo sean el mayor tiempo posible. A alargar la niñez. Somos muy reacios a renunciar a la responsabilidad paternal, o a dar derechos al niño. Antes era a los veintiuno. Por Dios... cuando cumplés otros veintiuno, ya tienes cuarenta y dos. Te das cuenta sobre todo cuando vas a otros lugares del mundo y ves a niños de seis, siete años, totalmente capaces de ocuparse del negocio de su padre. “Vale, cuida de la tienda.” Y descubres que es más fácil regatearle al padre que al hijo. Sólo con viajar, ya te das cuenta de que los niños son capaces de crecer

por sí mismos. Entonces puedes plantearte: “¿Es bueno que crezcan tan rápido?”. Y si alguien es capaz de algo, supongo que debe de ser bueno para él. Nada de “No puedes hacer esto, no eres lo suficientemente mayor”. En ese aspecto, yo he criado a mis hijos desde el punto de vista de “Si eres suficientemente mayor para caminar, puedes ir al puto lavabo a cagar. Yo no te voy a limpiar el culo”. Así les he dado un montón de independencia».